



RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN DEL ECUADOR AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

¡Jesús, haz latir tu Corazón en mi corazón!

El amor y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús están profundamente arraigados en el alma de nuestro pueblo ecuatoriano; un amor y una devoción que no se quedan en el intimismo, sino que se manifiestan en obras concretas de justicia y de solidaridad.

La consagración del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús, en 1874, fue una respuesta libre y agradecida al amor gratuito de Dios revelado en el corazón de su Hijo amado.

Nuestra renovación se da en el marco celebrativo del próximo Congreso Eucarístico Internacional, que se realizará del 8 al 15 de septiembre, en esta ciudad, designada por el Papa Francisco.

1. El sueño de Dios

La Palabra de Dios, que hemos escuchado, nos recuerda que el Señor sueña con **un pueblo de reyes** que vive en justicia y paz (cfr. Jn. 18, 36). **Un pueblo de sacerdotes** que se ofrece libremente por amor. **Una nación santa** por la gracia y la verdad. (Cfr. Ex 19, 6; Pe 2, 9-10). **Un pueblo de hijos** muy amados sin excepción. **Un pueblo de hermanos y hermanas** que se aman como Jesús y que cuidan la naturaleza.

La realización de este sueño sería imposible sin la colaboración consciente y decidida de su pueblo; sin su participación, el don de Dios caería en saco roto (cfr. 2 Tim 2, 14-16).

Dios, para ello, invita a su pueblo a sellar una alianza de amor y libertad y a observar fielmente los compromisos.

2. El Dios de la alianza

En el monte Sinaí, por medio de Moisés, Dios propuso a su pueblo celebrar este pacto: **¡Yo seré tu Dios y tú serás mi pueblo!** (Ex 6, 7; cfr. Jr 32, 38; 2Cor 6, 16); y “todo el pueblo, a una, respondió: **“Haremos cuanto ha dicho el Señor”!** (Ex 19, 8).

Dios mantuvo su compromiso; pero el pueblo, con mucha facilidad, lo rompió varias veces para ir detrás de ídolos o falsos dioses. Dios no se quedó impasible. Le buscó incesantemente, le llevó al desierto, le habló al corazón y le inundó de su amor infinito.



Luego de varios intentos y fracasos, por medio del profeta Jeremías (31, 31-34), le prometió una nueva y definitiva alianza, caracterizada por un corazón nuevo, por el conocimiento o la experiencia y por el perdón. **Dios cumplió esta promesa, por medio de su Hijo amado, en la cruz.**

Jesús, durante la última cena con sus discípulos, celebrada la víspera de su pasión y muerte, tomando un pan y una copa de vino, les entregó su cuerpo y sangre; y les invitó a comer y a beber, como signo de la nueva y eterna alianza, que renueva **en cada celebración eucarística.** (Cfr. Lc 22, 19-20; Mt 26, 26-30; 1Cor 11, 23-25)

La acción de comer y de beber no se limita solo a la recepción personal de Cristo en la Eucaristía, sino que nos compromete con la vida de la comunidad, sobre todo con los pequeños y olvidados (cfr. Mt 25, 40-45).

3. La sanación del mundo

La Eucaristía, como actualización de la Nueva y Eterna alianza de Dios con su pueblo, nos transforma en **“una fraternidad para sanar el mundo”**, dice el lema del Congreso Eucarístico 2024.

Como hijos de un único Padre y hermanos y hermanas, por lo tanto, estamos llamados a sanar un mundo familiar y social amado por Dios sin excepción alguna, pero también herido por la indiferencia de los buenos, por la crueldad de los violentos, por la pobreza de las mayorías, por la corrupción en todos los niveles y por la contaminación de nuestro planeta.

No es aceptable que todo un país vea a muchos líderes sociales y políticos que estén enfrentados como enemigos, en vez de buscar soluciones a estos graves problemas.

Las heridas se sanan con acciones concretas, como anunciando el evangelio del perdón y la paz, compartiendo el pan, invirtiendo en educación, practicando la justicia, creando fuentes de trabajo, velando por la salud integral y cuidando el medio ambiente.

Las acciones, por su parte, exigen cambios urgentes y profundos de estructuras políticas, económicas y jurídicas. Sin embargo, no son suficientes; pues, muchas veces, los cambios no van a las causas de los males ni prevén sus consecuencias. Podemos tener las estructuras más sabias y justas, pero si el corazón está enfermo, de poco o nada nos servirán. **El cambio de estructuras comienza en el corazón.**



Desde la visión cristiana, el corazón es el centro y la fuente de los pensamientos, sentimientos, sueños, decisiones y acciones. Del corazón brotan la bondad y la maldad, la verdad y la mentira, la grandeza y la miseria, el amor y el odio, el perdón y la venganza, la compasión y la indiferencia, la humildad y la arrogancia, el trigo y la cizaña. En el corazón es donde se juegan la salvación y la perdición, el cielo y el infierno. (Cfr. Lc 6, 46).

4. Nuestra renovación

Con el propósito de seguir sanando las heridas del mundo, a través del cambio del corazón y de las estructuras, queremos, en este día, con la presencia de las autoridades civiles, militares y de policía y de las diferentes vocaciones y carismas eclesiales, renovar la Consagración del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús, a un Corazón que nos ama gratuita y apasionadamente, a un Corazón que late por cada uno de nosotros. Por eso, una vez más, queremos poner en su Corazón manso y humilde:

Un Ecuador de hombres y mujeres que cree y trabaja por la justicia, la reconciliación y la paz de todos.

Un Ecuador pluricultural que soluciona sus diferencias mediante el diálogo sereno, sincero y respetuoso.

Un Ecuador de líderes y autoridades que busca el bien común de los ecuatorianos y sirve a los más pobres, respetando sus derechos de vivir con dignidad.

Un Ecuador de hermanos y hermanas que comparte una misma historia y una casa común con todos sus habitantes.

Que el Corazón Inmaculado de María, que sintió el latido del corazón de su Hijo en sus entrañas, nos acompañe en nuestra renovación, de tal modo que podamos decir con ella: **¡Jesús, haz latir tu Corazón en mi corazón!**

+ Luis Cabrera, ofm
10 de abril 2024
Basílica del Voto Nacional